Arcoíris de Múltiples Colores

Dicen que esta pandemia nos ha afectado a cada uno de nosotros de distinta manera. A mí me ha inundado de pensamientos que me hicieron ver más de lo que había visto en mucho tiempo; de los queridos recuerdos de infancia, aquella que tuvimos y que me hacen recordar la niña que fui y la mujer que soy ahora.

Mis pensamientos me llevan a una tarde soleada del mes de septiembre del año 1990: “Un organillero en la esquina de la casa”, gritaba mi abuela. Mi hermano Carlitos tenía siete años y era la primera vez que lo veía. Su carita estaba llena de asombro. Le llamaba la atención su vestimenta, su música y se quedó detenido viendo el reflejo de los remolinos con los rayos del sol.

Al organillero le decían Don Chalito. Era del Cerro Cordillera y, como cada mañana, salía temprano desde su hogar a recorrer los cerros de su querido Valparaíso. De contextura delgada, piel trigueña y cabello cano, organillero de toda una vida, oficio que había sido heredado de generación en generación en su familia. Siempre acompañado de su fiel loro llamado Corazón Alegre y de una rosca hecha con palo de escoba con totora, para enterrar ahí los remolinos de papel metálico que vendía junto con las matracas, pelotas y chicharritas.

Los niños se acercaban curiosos, mirando todo a su alrededor, hacían preguntas. Era toda una aventura, estaban aprendiendo y conociendo algo nuevo. Don Chalito los miraba complacidos, girando la manivela de su organillo y tocando melodías viejas y melancólicas. Corazón Alegre era la estrella, entregando un papel de la suerte a cambio de algunas monedas que el organillero recibía.

Fuertes aplausos se escuchan, la presentación ya ha terminado. Los niños retornan a sus casas con sus rostros llenos de alegría. Yo volvía con Carlitos y con su remolino con los colores del arcoíris.

Don Chalito y Corazón Alegre emprenden su camino, llevando su música a nuevos lugares y con el enorme desafío de mantener la historia.

Carlitos hace cinco años fue a volar a otro cielo y, aunque ahora es invisible a mis ojos, igual lo siento aquí conmigo.

Querido hermano, cuando vuelva a verte, tu mirada se ocultará en el olvido y mis palabras pasarán como este recuerdo que te hizo llegar a mí sin tú pedirlo.

A veces los recuerdos también se pueden escuchar…